



Aproximación teórica al estudio de la acción colectiva de protesta y los movimientos sociales

Néstor García Montes (Sociólogo)

1. INTRODUCCIÓN

“Muchas veces nos encontramos bloqueados ante nuestra propia sociedad por una serie de contradicciones que no sabemos cómo resolver. No es un problema solamente personal sino que nos ocurre a muchos por el ambiente social en que nos movemos. Sólo en contadas ocasiones se ven muestras de revuelta y movilización que traducen un malestar de fondo que se concreta en movimientos populares”¹.

Según los teóricos del construccionismo, las creencias individuales se forman en el proceso de interacción, comunicación y relación con los otros (el ambiente social al que se refiere Villasante). Por tanto, esas creencias son compartidas por varias personas, lo que las convierte en colectivas (independientemente del número de personas que las compartan). Tienen una base social y, en consecuencia, adquieren una entidad independiente de los individuos. Sin embargo, las creencias colectivas pueden cambiar, sustituirse por otras, matizarse, contra-argumentarse..., de esa manera se produce una transformación en el marco ideológico de un grupo social. Esta transformación, que no es fácil y suele ser gradual, puede darse por la insatisfacción sentida o percibida (es necesario un elemento de subjetividad en la interpretación y atribución de significado) ante un hecho social, sea una coyuntura social o una estructura social. En este caso, una acción colectiva de protesta ante dicha situación percibida como injusta o perjudicial puede contribuir a ese cambio.

En este ensayo vamos a centrarnos en el paso de la percepción del descontento a la materialización del conflicto y en las diversas aproximaciones teóricas y conceptuales que hay respecto al análisis de la acción colectiva de protesta. Es decir, nuestra atención se fija en esas contadas ocasiones en que se ven muestras de revuelta y movilización que traducen un malestar de fondo que se concreta en movimientos populares, volviendo a la cita de Villasante (2002). Y más en concreto, atenderemos a la acción colectiva de bases (Rucht, 1999), aquella protagonizada por movimientos sociales y caracterizada por mantener una estructura informal, por el voluntarismo de sus participantes y por la concepción de la movilización como medio de influir en el poder. La acción colectiva de bases debe diferenciarse de la promovida por grupos de interés (con una estructura más formal, cierta profesionalización de los participantes y que busca influir en el poder a través de la presión y negociación) y de la promovida por los partidos

¹ Villasante, T. R. (2002), *“Sujetos en movimiento. Redes y procesos creativos en la complejidad social”*. Montevideo, Nordam-Comunidad.

políticos (con una organización formal y regulada y en la que se trata de influir en el poder a través de la concurrencia electoral y la representación pública).

Tilly definía una acción colectiva (1978) como aquella llevada a cabo por un grupo de personas que comparten unos intereses comunes, que se organizan en unas estructuras más o menos formales y que ponen en marcha acciones movilizadoras, todo ello bajo una determinada estructura política que facilitará o dificultará su influencia en el poder en función de sus características. Es decir, se trata de una acción conjunta que persigue unos intereses comunes y desarrolla unas prácticas de movilización concretas para alcanzarlos en un sistema sociopolítico y económico determinado. Siguiendo esta definición, observamos que la acción colectiva se compone de cuatro elementos diferenciados: intereses, organización, movilización y contexto. Por un lado, para que surja una acción colectiva de protesta tienen que existir unos intereses comunes, compartidos. Pueden ser intereses públicos, tanto generales como selectivos (sectoriales o parcializados); o intereses privados. También debe darse una cierta organización de la colectividad implicada, que puede ser más o menos estructurada. Esta organización se puede dar gracias a la persistencia en tiempo de la acción colectiva, aunque también se puede pensar que la instauración de una cierta organización o estructura en una acción colectiva favorece la perdurabilidad de la misma. Por otro lado, la acción colectiva requiere de una movilización, es decir, el paso de la reflexión y auto-organización a la acción, en la que se mantengan relaciones e interacciones entre los propios participantes en la protesta y con otros actores sociales. Por último, todos estos elementos (intereses comunes, organización y movilización) se dan en un contexto político-social-cultural-económico determinado que, en gran medida, influirá en el éxito o fracaso de la acción colectiva (en este sentido, el concepto de “estructura de oportunidad política”, sobre el que han trabajado autores como Eisinger, McAdam, Brockett, Kriesi, Rucht, Tarrow, Gamson o Meyer, ha alcanzado un notable impacto, como veremos más adelante).

En síntesis, cuando analizamos la acción colectiva de protesta nos estamos refiriendo a “acciones realizadas por un conjunto de sujetos motivados por unos intereses comunes, que adoptan una forma de organización más o menos estructurada, y diseñan unas prácticas de movilización concretas, actuando en una estructura de oportunidad política que facilitará o

dificultará la acción y condicionará sus posibilidades de influir en la articulación del poder”² (Funes/Monferrer, 2003). ¿Cuándo se produce? ¿Por qué se produce? ¿Cómo se produce? ¿Para qué se produce? ¿Quiénes participan? En este ensayo expondremos un cuerpo conceptual y una serie de perspectivas de análisis y de enfoques teóricos útiles para abordar tales cuestiones y que nos permiten disponer de las herramientas adecuadas para llevar a cabo el estudio de la acción colectiva de protesta.

² Funes Rivas, M.J. y Monferrer Tomás, J. (2003). “*Perspectivas teóricas y aproximaciones metodológicas al estudio de la participación*”, en Funes Rivas, M.J. y Adell Argiles, R. (Eds.), *Movimientos Sociales: cambio social y participación*. Madrid, UNED.

2. CORRIENTES DE ESTUDIO DE LA ACCIÓN COLECTIVA DE PROTESTA Y NIVELES DE ANÁLISIS

A partir de la segunda mitad del s.XX el estudio de la acción de protesta y la movilización social adquiere entidad propia en el campo de las ciencias sociales y políticas, surgiendo dos corrientes de análisis paralelas, la norteamericana y la europea, y a la luz del impacto mundial de los movimientos de protesta que florecieron en los años 60 y 70. En Estados Unidos fueron los movimientos por los derechos civiles, de mujeres y antimilitaristas los que dieron respaldo vivencial a los enfoques teóricos predominantes entre los analistas norteamericanos, más centrados en los recursos, en la elección racional en base al coste-beneficio y en cuestiones de tipo estratégico. Por su parte, en Europa surgieron movimientos estudiantiles, ecologistas o anti-imperialistas que abonaron las teorías de los autores del Viejo Continente, más orientados a cuestiones como la identidad, la cultura y la generación de significados.

Ambas corrientes, norteamericana y europea, ofrecen marcos de interpretación útiles e interesantes de la acción colectiva, y desde finales de los 80 y principios de los 90 se viene intentando integrar las visiones de uno y otro enfoque, destacando el trabajo de McAdam, McCarthy y Zald ("Movimientos sociales: perspectivas comparadas", 1999). También se producen importantes esfuerzos por compatibilizar la investigación sobre los movimientos sociales de protesta desde los tres niveles de análisis planteados por el estudio de la acción colectiva; nivel microsociológico, nivel meso sociológico y nivel macrosociológico.

El nivel micro atiende a los aspectos individuales, se corresponde con los objetivos e intereses de los participantes en una acción colectiva, sus motivaciones, actitudes, valores, habilidades y procesos de socialización. Desde este nivel podemos entender las predisposiciones y preferencias que orientan la acción. Las principales teorías que se encuadran en este nivel son la perspectiva de la elección racional (de tradición norteamericana), los estudios sobre la identidad (de tradición europea), la sociología creativa -etnometodología e interaccionismo simbólico- o el construccionismo social y su derivación, la construcción social de la protesta.

El nivel meso se ocupa de los aspectos grupales, relacionados con la organización, las pautas de reclutamiento, las estrategias de movilización y los repertorios de acción. Las principales teorías en este nivel son el enfoque de la movilización de recursos (de tradición norteamericana) y el análisis de redes sociales (de mayor tradición europea).

Finalmente, el nivel macro de análisis de la acción colectiva tiene que ver con los aspectos sistémicos y estructurales. Es decir, el contexto político-social-cultural-económico en que se ubica un movimiento de protesta y la estructura de oportunidad política que ofrece al movimiento. En este nivel tomamos como dimensiones de estudio el sistema político (el modelo de Estado, las ideologías dominantes, las relaciones entre las élites políticas, el grado de represión de las autoridades...), el sistema social (características del tejidos social, relación entre actores...), el sistema económico (estructura de producción, distribución de recursos, consumo...) y el sistema cultural (trayectoria o tradición asociativa y participativa, creencias, normas y valores sociales...), y su influencia en la acción colectiva de protesta. Se corresponden con el nivel macro las teorías de la democracia, el enfoque del capital social, el análisis de los nuevos movimientos sociales y las teorías del proceso político (y el concepto de estructura de oportunidad política).

A lo largo de las páginas siguientes expondremos las principales teorías, enfoques y perspectivas de estudio de los procesos de acción colectiva de protesta, en base a los elementos derivados de la definición de Tilly y a los tres niveles de análisis. Es decir, atenderemos primero al individuo como ámbito de análisis, a continuación al grupo y, finalmente, al contexto.

Atendiendo a...	Nivel de análisis	Teorías
Individuo-intereses	Micro	elección racional, identidad, sociología creativa y construcción social de la protesta
Grupo-organización y movilización	Meso	movilización de recursos y análisis de redes sociales
Contexto-estructura de oportunidad política	Macro	teorías de la democracia, capital social, nuevos movimientos sociales y proceso político

Nos detendremos con más detalle en aquellas teorías que ofrecen un mayor alcance y repercusión –fundamentalmente en los análisis micro y macro-, como la construcción social de la protesta y, dentro de ella, el análisis de marcos; y el concepto de estructura de oportunidad política, en el ámbito de la teoría del proceso político.

3. ANÁLISIS DE LA ACCIÓN COLECTIVA DE PROTESTA ATENDIENDO AL INDIVIDUO

Para el análisis de los intereses y motivaciones de los individuos que deciden participar en una acción colectiva de protesta disponemos de un cuerpo teórico de origen tanto norteamericano como europeo. Vamos a señalar los principales enfoques que nos facilitan el adecuado arsenal conceptual para acometer el estudio desde un nivel micro. Se trata de teorías subjetivas, centradas en los actores y en la dimensión individual de la acción.

La teoría de la *elección racional*, de cuña norteamericana, hace referencia a la aplicación racional del cálculo coste/beneficio en la decisión de un individuo de participar en una acción colectiva. Esta perspectiva introduce el elemento de la racionalidad instrumental. Su máximo representante, Olson (*“La lógica de la acción colectiva”*, 1965), estudió la constitución de grupos de interés generadores de acciones colectivas -sindicatos, asociaciones empresariales, etc.-, identificándola con la maximización de intereses individuales privados a través de acciones colectivas públicas (Olson, 1971). El individuo, motivado por la obtención de un beneficio personal, se agrupa con otros individuos en busca del mismo beneficio entendiendo que dicha unión será la que favorezca el logro del bien común. La motivación para la acción colectiva se deriva, por tanto, de las expectativas personales de obtener un beneficio a través de la participación social (por ejemplo, un grupo de vecinos de un barrio que se movilizan colectivamente para evitar que se construya una carretera cerca de sus casas. Están buscando un beneficio particular –aunque compartido- a través de una acción grupal, ya que valoran que de esa forma sus posibilidades de éxito son mayores). Surge, así, lo que se conoce como el dilema del *free rider* (el “aprovechado”), es decir, el individuo que evalúa si su no participación le generará los mismos beneficios que si lo hubiera hecho. Según Olson, para solucionar este dilema se deben generar, además de los incentivos comunes y colectivos, “incentivos selectivos” individuales que estimulen la participación en la acción colectiva. Para Oberschall (1973), el beneficio no sólo es de orden económico o material, puede ser en forma de reconocimiento social, estatus o satisfacción personal, a lo que Hirschman (1986) añade que los beneficios expresivos se suman a los instrumentales, influyendo en la movilización individual las expectativas de alcanzar una satisfacción subjetiva.

Otro apunte interesante de Oberschall tiene que ver con el reconocimiento del papel que juega la necesidad de identidad y de sentirse parte de un grupo en los procesos de decisión individual para la movilización social. Este planteamiento nos introduce en la *teoría de la identidad* como

enfoque de análisis de los intereses que motivan a un individuo a formar parte de una acción colectiva de protesta. El sentirse parte de un todo que resulta vinculante y con el que nos identificamos promueve la participación social de un individuo (Pizzorno, 1994). Esta participación refuerza la propia identidad involucrándose en una identidad colectiva, lo que supone un incentivo para la implicación en un movimiento social. Para Melucci (1989), la identidad colectiva influye en la atribución de significado a los hechos sociales por parte de los miembros de la colectividad. Señala que las creencias y motivaciones de los individuos no son productos meramente subjetivos, sino que se construyen dentro de un sistema de relaciones sociales. Esto nos lleva a la que algunos denominan *sociología creativa* (Morris, 1977), que engloba un conjunto de enfoques teóricos, como la sociología fenomenológica y cognitiva (etnometodología, interaccionismo simbólico) o sociologías interpretativas y de la vida cotidiana, que centran la importancia en el sujeto y en la intersubjetividad. Bajo este paradigma, únicamente los hechos y fuerzas sociales no determinan la conciencia sino que el individuo crea su propia realidad social a partir de su interacción con otros. El interaccionismo simbólico (Blumer y Mead, 1934), como corriente de pensamiento relacionada con la psicología social y la antropología, propugna la comprensión de la sociedad a través de la comunicación. Analiza el sentido de la acción social desde la perspectiva de los participantes y señala que la interpretación de la realidad social se hace en base a la comunicación e interacción entre individuos.

En línea con el constructivismo y la *construcción social de la realidad* (Berger y Luckmann, 1968), encontramos un enfoque, en el que nos detendremos un poco más, muy interesante y de gran implantación en el análisis de la acción colectiva de protesta en base a los aspectos cognitivos, afectivos y motivacionales. Se trata de la *construcción social de la protesta*, donde la idea central es que la existencia de un problema o un conflicto no es una realidad objetiva sino una construcción colectiva subjetiva (Klandermans, 1994). Se ocupa, por tanto, de cómo se construyen las creencias colectivas y los marcos interpretativos que definen una situación como conflictiva y mueven a la acción, cuyo origen es social puesto que tiene lugar en la interacción entre individuos. Aunque pueden surgir dudas a la hora de entender este enfoque como microsociológico o mesosociológico (de hecho, encajaría en ambos niveles), consideramos más oportuno, en un intento por fuerza limitante y simplificador de categorizar, tratarlo en este apartado dedicado al análisis de los intereses que mueven a la acción colectiva, siguiendo los elementos desprendidos de la definición de Tilly (1978), puesto que, aunque la atribución de significado a los hechos sociales (y su percepción como conflictivos y, por ende, motivo de

protesta) se conforma en el proceso de interacción social en un grupo, es el individuo el que lleva a cabo tal atribución.

El enfoque de la construcción social de la protesta debería contemplar la acción colectiva tanto como variable dependiente, en el sentido de que la construcción de significado influye en la acción colectiva, como independiente, ya que la acción colectiva también influye en la construcción de significado (la participación en un movimiento social también puede transformar la conciencia y el marco cognitivo de los participantes).

Como afirma Turner (1969), una situación debe ser definida como injusta para que se produzcan acciones de protesta. O, siguiendo a Klandermans (1994), la percepción de una situación como problemática o injusta es el primer requisito y primer paso para que se dé una acción colectiva de protesta. Por tanto, la movilización social surge de una transformación significativa de la conciencia colectiva de los grupos implicados. Pero ¿cómo se produce esa transformación, cómo se define una situación como injusta? Distintos entramados conceptuales han tratado de responder a esa pregunta, bajo el paraguas del constructivismo social y de la construcción social de la protesta:

- El concepto de liberación cognitiva (McAdam, 1982 y 1989), que alude a la transformación de la conciencia de los potenciales participantes en una acción colectiva. Ésta se da en tres sentidos, que a su vez son acumulativos (es decir, se deben dar de manera secuencial, en fases): primero el sistema pierde legitimidad; a continuación, los afectados por un problema salen de su aletargamiento, superan el fatalismo o resignación y exigen cambios saliendo de su estado de inacción; finalmente, se genera un nuevo sentido de eficacia al percibir expectativas de éxito y logro de resultados a través de la acción colectiva.
- El impacto del discurso público en las identidades colectivas (Gamson, 1988), que se cristaliza en el papel de los medios de comunicación como difusores de lo que Gamson denomina “paquetes ideológicos” (1988), es decir, marcos cognitivos de interpretación de los acontecimientos sociales y políticos. Estos mensajes influyen en la movilización colectiva.
- La formación y movilización del consenso (Klandermans, 1984), que surge de manera imprevista y espontánea en su formación, generándose una convergencia de interpretaciones y de atribución de significados en una red social o en un grupo determinado; mientras que en la movilización del consenso, se produce un intento deliberado por parte de un actor social de

promover una aceptación generalizada dentro de un grupo ante un hecho social. Klandermans también diferencia entre la predisposición a la movilización, o el potencial que existe en una sociedad, y la movilización efectiva, consumada, para la protesta.

- El concepto de alineamiento de marcos (Snow et al., 1986 y 1988), que trata de explicar cómo se integran o compatibilizan el marco cognitivo individual de un participante en un movimiento social y el marco ideológico del propio movimiento. Por “marco” podemos entender el conjunto de los elementos con los que cuentan los individuos para dar sentido a una situación (Goffman, 1974). El movimiento trata de conectar su marco de referencia con las interpretaciones subjetivas individuales de los potenciales participantes, con el fin de que se sientan identificados y motivar su movilización. Sobre el *análisis de marcos* profundizaremos a continuación.
- Por último, el concepto de identidad colectiva (Melucci, 1989), que señala que los movimientos sociales crean identidad colectiva, sentido de pertenencia, lo que ayuda al proceso de construcción de significado por parte de los participantes.

Estos cinco constructos conceptuales de análisis se centran en los aspectos simbólicos de la movilización, unos atendiendo más al nivel micro (la liberación cognitiva, la identidad colectiva – quizás también dentro del nivel meso-), otros al nivel meso (alineamiento de marcos, formación y movilización del consenso) y otros al nivel macro (impacto del discurso público). Sin embargo, como señala Klandermans, no existe conexión clara entre ellos y es necesario combinar el análisis individual y el colectivo para el adecuado estudio de la construcción social de la protesta.

En un intento de clarificar los diferentes escenarios de construcción de la protesta, Klandermans (1994) plantea que se deberían dirigir los esfuerzos a analizar tres niveles: el discurso público y la formación y transformación de las identidades colectivas; la comunicación persuasiva de las organizaciones del movimiento y de sus oponentes durante las campañas de movilización; y la concienciación durante los episodios de protesta.

Bajo el enfoque del construccionismo social, el *análisis de marcos* (*frame analysis*) es un modelo pertinente para estudiar la construcción social de la acción colectiva, analizando cómo se traducen las condiciones estructurales del sistema en predisposiciones individuales para la acción. Un *marco de acción colectiva* es un esquema interpretativo elaborado por los líderes de un movimiento social que define y etiqueta una realidad social y que pretende movilizar a los seguidores y desmovilizar a los opositores o antagonistas. Por tanto, los movimientos sociales

asignan significado a los hechos sociales y los definen (*framing*: enmarcamiento o creación de marcos), señalando como problemáticas algunas situaciones.

Podemos valernos de 3 tipos de marcos para analizar la acción colectiva (Hunt, Benford y Snow, 1994):

1. Marco de diagnóstico: permite definir hechos sociales como problemáticos e identificar a los actores responsables (que adquirirían el rol de opuestos o antagonistas). A su vez, se divide en:

-Marco de identidad: define un “nosotros” agraviado/perjudicado.

-Marco de injusticia: establece un “otros” antagonista, responsables de la injusticia.

2. Marco de pronóstico: permite establecer propuestas para corregir la situación conflictiva, qué debería hacerse y quién.

3. Marco de motivación: permite convencer a los seguidores de que hay motivos para la acción y perspectivas de eficacia. Tiene que ver con la implicación en la acción colectiva de aquellas personas que definen una situación como problemática, comparten una identidad común (“nosotros” frente a “ellos”) y establecen propuestas para revertir tal situación. A su vez, se divide en:

-Marco de eficacia: difundir entre los seguidores la creencia en la eficacia de la acción. Es decir, las expectativas de éxito (relacionado con la teoría de la elección racional).

-Marco de coste/beneficio: percepción del coste y beneficio que supondrá la implicación en una acción colectiva (también relacionado con la teoría de la elección racional).

El primero estaría relacionado con la formación del consenso de la que habla Klandermans (Marco de diagnóstico -Marco de identidad/Marco de injusticia-); el segundo con la movilización del consenso (Marco de pronóstico); y el tercero con la movilización de la acción (Marco de motivación -Marco de eficacia/Marco de coste-beneficio-).

4. ANÁLISIS DE LA ACCIÓN COLECTIVA DE PROTESTA ATENDIENDO AL GRUPO

En el estudio de la organización y movilización de la acción colectiva de protesta, correspondiente al nivel mesosociológico, encontramos dos teorías: el enfoque de la movilización de recursos y el análisis de redes sociales, que aunque las ubicamos en el nivel meso de análisis también tienen implicación en el nivel macro.

La teoría de *la movilización de recursos*, de origen norteamericano, tuvo muchas críticas en Europa, donde se la catalogó como enfoque de sesgo empresarial y de aplicación, básicamente, al estudio de *lobbys* y grupos de interés. Determina que la insatisfacción y el conflicto político y social es inherente a la sociedad, por lo que la acción colectiva de los movimientos sociales no depende tanto de la existencia de un problema o una demanda como de los recursos disponibles (humanos, económicos, materiales, tácticos, logísticos, organizativos) para organizarse y movilizarse. Con esta teoría se pasa del análisis de las motivaciones y causas de insatisfacción de los individuos contempladas en las teorías de orientación microsociológica a los aspectos estratégicos, organizacionales y movilizadores. Por tanto, pone el acento en los aspectos organizativos, descuidando los aspectos estructurales y los factores motivacionales psicosociales que llevan a las personas a interpretar una situación como conflictiva y a buscar la acción colectiva para resolverla.

Por su parte, el análisis de redes sociales aporta la valoración de las posiciones, relaciones e interacciones entre actores sociales como elementos a considerar en la acción colectiva de protesta. Las posiciones que ocupa un actor dentro de una red social puede ser de afinidad, de antagonismo o de indiferencia, y las relaciones entre actores pueden adoptar la forma de conflicto o cooperación. En la acción colectiva hay que analizar tanto las redes existentes previas a la movilización (que pueden actuar como oportunidades o acicates para la acción, por ejemplo, en el Movimiento 15-M, distintos movimientos previos que ya se habían organizado –Democracia real, Juventud sin futuro, No les votes, movimientos estudiantiles contra la *Ley Bolonia*...-) como las redes resultantes (es decir, que se generan como consecuencia derivada de la movilización, siguiendo con el Movimiento 15-M, las Asambleas de barrio, por ejemplo). También hay que resaltar la importancia de las redes informales en el reclutamiento de seguidores de los movimientos sociales.

5. ANÁLISIS DE LA ACCIÓN COLECTIVA DE PROTESTA ATENDIENDO AL CONTEXTO

En el nivel macro de análisis, centrado en los elementos sistémicos y en la estructura del contexto, encontramos influyentes teorías para el estudio de la acción colectiva de protesta que han orientado buena parte de los trabajos sobre este tema. Uno de los conceptos fundamentales es el de estructura de oportunidad política, que desarrollaremos con cierto detalle en el marco de la teoría del proceso político.

En las *teorías de la democracia* encontramos dos grandes corrientes sobre lo que debe ser la participación ciudadana en los asuntos públicos: por un lado, la que defiende la democracia directa (Rousseau, Stuart Mill o Tocqueville), que se concreta en la teoría de la democracia participativa y democracia asociativa (Pateman, Hirst) o la “strong democracy” (Barber); y democracia de élites (Schumpeter), por otro lado, que sostiene que la participación de la ciudadanía debe limitarse al voto para elegir a las élites preparadas y cualificadas como representantes en quien delegar el poder. Hoy en día hay autores que tratan de conciliar ambos planteamientos, como Bobbio (1992), que propone aplicar la participación directa en determinados aspectos concretos de la vida pública pero combinada con la representatividad y delegación. Podemos afirmar que en la actualidad existe una crisis de legitimación de la democracia representativa, lo que repercute en una mayor exigencia ciudadana con la labor de los políticos. Se cuestiona la democracia meramente representativa al considerarla insuficiente y se aboga por abrir cauces a la democracia participativa. Según este enfoque, la acción colectiva busca aumentar la participación democrática.

Otro enfoque es el del capital social, que estudia la densidad de relaciones e interacciones que se dan en una estructura social (se centra en la interacción social, al igual que el análisis de redes), aspectos que favorecen la participación. A mayor densidad de relaciones de reciprocidad, cooperación y confianza, mayor capital social y mayor predisposición para la participación.

La teoría de los *nuevos movimientos sociales*, de tradición europea, desafió la hegemonía de los sociólogos estadounidenses de la movilización de recursos, poniendo el acento en la ideología y en los motivos (no en las condiciones organizativas y estratégicas) que promueven una acción colectiva. Analizan el *por qué*, más que el *cómo*. A partir de los años 60 surgen una serie de movimientos sociales novedosos (pacifista, ecologista, feminista...), que se consolidan en los 70, con características distintas al tradicional movimiento obrero en cuanto a sus reivindicaciones y modo de lucha, y que incorporan nuevas pautas de acción política, nuevas motivaciones para la

acción, una nueva estructura organizativa y nuevas bases de apoyo. Bajo este panorama se desarrollan las escuelas teóricas sobre los nuevos movimientos sociales que fueron, básicamente, las siguientes: la francesa (Touraine y sus colaboradores), la alemana (Habermas, Offe, Rucht...) y la italiana (Melucci). Al mismo tiempo, la aparición de valores postmaterialistas en las sociedades industriales avanzadas (Inglehart, 1991) facilita la configuración de movimientos en defensa de causas no orientadas hacia beneficios particulares o individuales, sino de carácter general (que producen beneficios colectivos). Ello es posible en aquellas sociedades postindustriales en las que las necesidades materiales-económicas y de seguridad física están cubiertas, y la sociedad puede orientarse a satisfacer necesidades de otro orden.

Por otro lado, ante una crisis de legitimidad y representatividad de las instituciones políticas ("crisis de gobernabilidad", siguiendo a Offe -1988-, que denota la incapacidad del Estado para responder a las expectativas de los ciudadanos), los movimientos sociales asumen un papel político y buscan fórmulas de democracia deliberativa, como afirma Habermas (1987) -tomando el concepto acuñado por Bessette en 1980-, y nuevos espacios de acción política. Se trata de un *modelo de política emancipatoria* (Giddens, 1994) en el que los movimientos sociales actúan, al margen de la política institucional, ante los riesgos y amenazas de la sociedad postindustrial (sociedad del riesgo, como la definió Beck -1986-).

En último lugar vamos a tratar uno de los enfoques más interesantes para analizar la acción colectiva, la *teoría del proceso político*, que se presenta desde una visión del análisis estratégico de la acción, donde el Estado es el actor central que, en base a su configuración y su articulación del poder, influyen en la acción colectiva, tanto para incentivarla como para desincentivarla. Ya desde finales de los 70, Tilly analizaba el desarrollo de la acción colectiva como realidad enmarcada en un contexto en el que las instituciones políticas juegan un papel preponderante, y junto a Tarrow, Jenkins o McAdam, que también vinculaban Estado y acción colectiva, se configuró el enfoque del proceso político.

Para el análisis del contexto político es central, desde este enfoque, el concepto de *estructura de oportunidad política*, que hace referencia al conjunto de variables de un sistema político que dificultan o favorecen la aparición y mantenimiento de una acción colectiva. Fue definido por Eisinger (1973) como "el grado en el que es probable que los grupos sean capaces de acceder al poder y manipular el sistema político". La estructura de oportunidad política se ha convertido en un concepto fundamental en el estudio de los movimientos sociales, sin embargo, se corre el riesgo de que bajo este concepto se expliquen todos los aspectos vinculados con los mismos.

Puede convertirse en un elemento difuso que englobe todas las condiciones y aspectos relacionados con el contexto de una acción colectiva. Para evitar el uso indebido -inclusivo y absolutista- del concepto, según McAdam (1999) debemos atender a 3 cuestiones:

1. Diferenciar las oportunidades políticas de otro tipo de oportunidades, por ejemplo; oportunidades culturales, oportunidades promovidas por la disponibilidad de recursos (siguiendo la teoría de la movilización de recursos) u oportunidades que puedan ofrecer los medios de comunicación al ayudar a enmarcar e interpretar de manera colectiva los acontecimientos políticos y generar “paquetes ideológicos” (en terminología de Gamson).

2. Especificar las dimensiones de la oportunidad política. Podemos distinguir entre 4 dimensiones, agrupando las propuestas por diferentes autores, como Brockett, Kriesi, Rucht y Tarrow, en base a la síntesis de McAdam (1999) y Funes/Monferrer (2003):

- La apertura o cierre del sistema político institucional (McAdam), es decir; si el Estado es fuerte o débil, centralizado o descentralizado, lo que influirá en el tipo de relación que mantendrá con un movimiento social (Funes/Monferrer).

- La estabilidad o inestabilidad de las élites dirigentes (McAdam), es decir; el grado de conflicto entre las élites, que condicionará la permeabilidad y receptividad de éstas ante las acciones de un movimiento (Funes/Monferrer).

- La presencia o ausencia de alianzas entre las élites (McAdam), es decir; los sistemas de alianzas que existan o puedan existir entre los distintos actores sociales (Funes/Monferrer).

- La capacidad y propensión a la represión por parte del Estado (McAdam), es decir; el grado de represión del Estado ante las acciones colectivas (Funes/Monferrer).

3. Especificar la variable dependiente, de las distintas posibles, que queremos analizar en relación a un movimiento social, dado la amplitud de aspectos que se tratan de explicar mediante el concepto de estructura de oportunidad política. Para evitar la dispersión y confusión conceptual, debemos definir aquel aspecto de una acción colectiva que vamos a analizar en base a las oportunidades políticas que ofrece un sistema, por ejemplo; el desarrollo temporal de la acción colectiva; los resultados alcanzados por un movimiento; o la forma que adquiere el movimiento. Una vez definida la variable que queremos analizar, debemos establecer con qué dimensiones de la estructura de oportunidad política se relaciona.

6. CONCLUSIÓN

Como hemos visto a lo largo de este ensayo, existe un amplio abanico de enfoques teóricos, perspectivas de análisis y marcos conceptuales para abordar el estudio de la acción colectiva de protesta, en función del nivel donde situemos el foco. Estas teorías pueden ser pertinentes, con más o menos matizaciones, en función de en cuál de cada uno de los elementos de la acción colectiva pongamos el acento de nuestro análisis y en función del objeto de estudio, y en muchas ocasiones la combinación o triangulación de varias de ellas puede resultar más enriquecedora y ofrecer resultados más completos.

Durante los últimos años han surgido propuestas de integración y articulación de las corrientes americanas (centradas en estructuras políticas y estrategias organizacionales) y las europeas (más centradas en la formación de identidades y en la construcción de significados), entre las que destaca la de McAdam, McCarthy y Zald con su trabajo "Movimientos sociales: perspectivas comparadas" (1999).

Estamos de acuerdo con Sousa Santos cuando rechaza la posibilidad de una explicación total de los movimientos sociales mediante una teoría unitaria (2001) y en buscar la complementariedad entre buena parte de los enfoques teóricos sobre la acción colectiva desarrollados desde la segunda mitad del siglo XX.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN (pág. 2)

CORRIENTES DE ESTUDIO DE LA ACCIÓN COLECTIVA DE PROTESTA Y NIVELES DE ANÁLISIS (pág. 5)

ANÁLISIS DE LA ACCIÓN COLECTIVA DE PROTESTA ATENDIENDO AL INDIVIDUO (pág. 7)

ANÁLISIS DE LA ACCIÓN COLECTIVA DE PROTESTA ATENDIENDO AL GRUPO (pág. 12)

ANÁLISIS DE LA ACCIÓN COLECTIVA DE PROTESTA ATENDIENDO AL CONTEXTO (pág. 13)

CONCLUSIÓN (pág. 16)

BIBLIOGRAFÍA

Funes Rivas, M.J. y Monferrer Tomás, J. (2003). “Perspectivas teóricas y aproximaciones metodológicas al estudio de la participación” en Funes Rivas, M.J. y Adell Argiles, R. (Eds.), *Movimientos Sociales: cambio social y participación*. Madrid, UNED.

Hunt, S., Benford, R. y Snow, D. (1994). “Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos”, en Laraña, E. y Gusfield, J., *Los Movimientos Sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Klandermans, B. (1994). “La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos” en Laraña, E. y Gusfield, J., *Los Movimientos Sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

McAdam, D. (1998). “Orígenes conceptuales, problemas actuales y decisiones futuras”, en Tejerina, B. e Ibarra, P., *Movimientos Sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid, Trota.

Villasante, T. R. (2002), “*Sujetos en movimiento. Redes y procesos creativos en la complejidad social*”. Montevideo, Nordam-Comunidad.